

# **CUENTOS DE ITACA**

**El Héroe Vuelve a Casa**

**La Dama en el Umbral**

**Rescate de Helena**

**Por**

**Claudio Díaz**

## **El Héroe Vuelve a Casa**

“ No medito contra ti ni desventura  
ni perdición, y pienso y he de  
aconsejarte cuanto para mí misma  
discurriera si en tan grande  
necesidad pudiese verme”

Odisea, Canto V

Versos 183 al 192

### **Capítulo I**

#### **Introducción a un tiempo antiguo**

Abajo, en la Gran Sala, había cesado el espantoso rumor. Ese temblor del suelo como el que se siente al paso de un rebaño despavorido; pero ella sabía que los rebaños no se habían acercado al palacio. Esos repetidos golpes sordos contra las cerradas puertas de roble, y esas voces lejanas como las que anuncian el retorno de los pastores. Ella conocía bien el espesor de esas puertas; sólo el dolor o la cólera, en el límite de la locura, pudieron arrancar a pechos humanos sonidos audibles desde el otro lado de aquéllas; sólo hombros muy poderosos pudieron remecerlas así. Hombros como los de Pólipo, Anfimedón, Agelao ... todos esos alegres y aturridos muchachos que habían pretendido llevarla al lecho.

El miedo volvió a ella como una ola negra y helada; pero de nuevo encontró en el fondo de sí misma la reserva de orgullo que era atributo de su clase y (aunque estaba sola) se puso de pie, como debe hacerlo una reina frente al peligro, como si ya las espadas de bronce apuntaran

a su cuello. El miedo retrocedió ante la magia del gesto y las imágenes repoblaron su mente.

Ahora se escuchaba con mayor claridad el llanto de las esclavas en la habitación vecina. Con una punzada de celos ella recordó el fragante cabello de Melanto ... ¡pobre niña tonta! Ella le hubiera enseñado como retener a Telémaco lejos del mar; pero la perra desagradecida se había encelado con Eurímaco, el maldito bruto arrogante que ya le había preñado cinco esclavas. Entonces Telémaco habló con ese hermoso forastero de ojos claros que estuvo sólo un día en el palacio (Mentes, dijo llamarse, y no se había interesado por conocerla). Algo había sucedido entre ellos, pues su hijo en un instante se había hecho adulto y se había puesto en peligro; su hermoso hijo de grandes ojos oscuros, tan veloz en la carrera, tan tímido y amante de la poesía. Ella lo había mantenido lejos de las armas, para que nunca lo tentara ese poder que emanan y aparta al hombre de la mujer. Para proteger a Telémaco había hecho enloquecer de deseo por ella a cuanto predador en potencia habitaba en Itaca o sus contornos. La divina Artemisa, que ama el deseo insatisfecho, había escuchado su ruego.

## Capítulo II

### Seducción

Primero fue un poeta, el buen Femio, para que diera nombre de mujer viviente al obscuro anhelo de optar lo inalcanzable, que de tanto en tanto inquieta a los hombres capaces de arriesgar la vida por cuenta propia. Ella se sabía sólo discretamente bella; pero ninguna la igualaba en el arte señorial de graduar distancias y proximidades de modo que todos en su presencia se sintieran a gusto, ubicados en ese punto exacto donde nada hay que simular o defender ante el otro y donde las falsas expectativas no se hacen presentes.

Recibió al poeta vestida con las galas de la realeza, a la vez digna y atenta. Lloró calladamente al escuchar su canto, y dejó que la imaginación de él hiciera el resto.

Henchido de gratitud y respetuosa ternura, Femio dedicó un año a cantar la soledad de la reina por toda la costa occidental de la tierra de

los dánaos. La musa no le fue infiel; y cada varón atrevido que escuchó sus palabras sintió crecer en sí el anhelo de llenar esa soledad.

Uno a uno fueron llegando hasta ciento ocho príncipes de hombres, en busca de su destino. Bellos animales de presa en la plenitud del vigor (demasiado jóvenes para zarpar hacia Troya diecisiete años atrás), ávidos de fama, poder y placer. Uno solo que se volviera sin encontrar lo esperado, y los demás lo seguirían por no parecer menos duros o más ingenuos. Entonces, una noche no lejana, llegarían las naves largas con su carga despiadada; y las columnas de humo se alzarían sobre el reino desarmado.

Pero diecisiete años de soledad habían enseñado a ella el poder de los símbolos del deseo. No intentó ocultar su edad (ya cerca de los cuarenta, era diez años mayor que los más jóvenes de ellos), ni tampoco competir con las imágenes de otras más bellas, que fácilmente hubieran podido traer, perfeccionadas en su recuerdo. Justificada con la pena por el ausente, recibió a los pretendientes en obscuro vestido de esclava, que destacaba sus blancuras de mujer enclaustrada y le permitía exhibir desnudos sus suaves pies de dama. Nunca vieron esos orgullosos varones mujer así vestida que no pudieran tomar si querían. Ningún adorno apartaba la atención de lo que ella había discurrido poner ante sus ojos expectantes. No esta mujer, que siempre podría ser mejor o peor que cualquiera otra, sino, simplemente, una mujer: la forma milagrosa que desde el inicio del tiempo no ha fallado en traer al hombre al rito de perpetuación, contra todos los llamados de la aventura y la muerte. Para que el contraste fuera mayor se hizo conducir de la mano por la adolescente Melanto, su esclava favorita, enjoyada como una princesa. Menos efecto hubiera causado vendiéndose desnuda en el mercado. Aún antes de alzar la mirada, púdicamente baja como debe llevarla quien acepta ser pretendida, supo que había superado la prueba.

Algo como el cálido viento del sur había entrado en la Gran Sala (ella todavía se ruborizaba al recordarlo). Cien jóvenes machos en celo, no importa qué principescos modales tuvieran, harían que el propio templo de Hera pareciera un burdel. Entonces sus ojos se abrieron, serenos y comprensivos, para todos los ojos que la devoraban, mientras gruesas lágrimas aparecían en los oscuros y turbulentos de Melanto. Esa clara voz dominadora era su propia voz. Las palabras contenían rechazo, pero

había tentación en el tono. Aunque en ellas se agradecía el homenaje hecho a su soledad, también se recordaba lo ya tornado inolvidable: que era mujer madura, esposa y madre.

Esa noche, después que Telémaco se retiró a su alcoba, a petición de la reina Femio cantó (con el alma llena de horror sagrado), la trágica historia de Edipo. Y durante los tres años que siguieron los pretendientes rondaron el palacio como almas en pena, olvidados del honor y de la guerra, atrapados por el inaccesible lugar común de su inextinguible deseo.

### **Capítulo III**

#### **Matriarcado**

Entonces ella comenzó la tela maravillosa que envolvería a Laertes cuando bajara al sepulcro. Cuando la terminara –dijo- tomaría nuevo marido. Cada día recibía a un pretendiente, diez veces recibió a cada uno. Mientras el hombre hablaba, ella bordaba. Nunca supo que existiera algo llamado “escritura”; pero a cada hombre asignó la figura del animal que su presencia le recordaba en el momento. Pronto tuvo la tela llena de osos, halcones y lobos. Para distinguirlos entre sí debió acudir a otros animales, que fueron mezclando sus partes con los primeros: algo de cerdo había en este lobo, mucho de serpiente en ese halcón; uno terminó en conejo tras conocerlo mejor. Después del primer año ya no necesitó la tela para recordarlos. Pero ésta, sin que ella lo notara, había comenzado a convertirse en el espejo de sus sueños. Algunos animales crecieron más que otros, desbordando el espacio originalmente asignado. Fue preciso reubicar a los restantes, empequeñecidos, hacia la periferia del bordado, donde acabaron por constituir una doble guarda continua. Y al finalizar el tercer año, dos enormes animales se disputaban el espacio central: Anfínomo, el caballo paloma, donde predominaban los hilos de plata, y Antínoo, la serpiente león, donde predominaban los hilos de oro. Entonces ella comprendió que uno de ambos terminaría siendo el señor de su cuerpo.

No recordaba de su vida otra época tan feliz como esos años, rodeada de hombres hermosos que atronaban el palacio con sus voces jactanciosas y alborotaban todo con sus juegos y desafíos, intentando

sorprender en ella una mirada de interés, una sonrisa o un rubor. Pronto descubrieron ellos que ese interés resultaba más fácil de obtener destacándose en la danza y no en el pugilato. También se puso de moda la resolución de acertijos, en lo cual ella era eximia. Y Femio encontró un auditorio cada vez más atento para ciertos experimentos literarios, con un metro más breve y un ritmo más ligero, en los cuales el tema no era hazañas de dioses o héroes, sino penas de amor de simples hombres y mujeres (nobles, por supuesto). Incluso interpretando los temas clásicos el poeta se permitía sutiles variaciones: ya no era tan alabada la riqueza del botín como la dificultad superada al obtenerlo; ya no importaba tanto la magnitud de la matanza, como el trato cortés entre adversarios valientes. Un día, en un poema laudatorio dedicado a la reina, acuñó la expresión "tribunal de Eros" que nadie entendió (veinticuatro siglos más tarde sí sería entendida, cuando sonara en una dulce lengua bárbara: "corte de amor"). Entre tanto Telémaco crecía y se aproximaba sin peligro a la edad en la cual pudiera asumir el trono de Itaca.

En su felicidad, ella pudo por fin comenzar a olvidar el rudo mundo de su marido donde sólo había sido una niña bien criada. Laertes, su suegro, había tenido el buen gusto de irse a vivir al campo tras la muerte de su esposa. A Méntor, el amigo encargado de administrar el patrimonio familiar, ella misma lo había alejado con discreción; el pobre viejo siempre andaba rezongando por la merma en los rebaños que ocasionaban los continuos festines de palacio, sin comprender que los regalos de los pretendientes valían por un número mucho mayor de animales. Hasta pudo olvidarse de Argos, el sanguinario mastín favorito de su marido. ¿Qué había sido de ese animal odioso que se zampó a los bellos pavos reales traídos por ella desde el palacio de su padre?... Sólo Euriclea, que ya era vieja cuando ella entró por vez primera al palacio de Itaca, se negaba a morir y hubiera sido indigno expulsarla. Euriclea, cuya sola presencia era un reproche porque sólo vivía para recordar al ausente (a quien, por lo demás, había criado en su regazo). Pero ella no dejaría que esa sombra se le aposentara en el corazón.

## Capítulo IV

### Rebelión

Entonces la divina Afrodita exigió la parte que le era debida. Y Melanto se hizo mujer, con Eurímaco. Para combatir a la reina en el corazón de su amante, Melanto reveló lo que creía era el secreto de la tela. Eurímaco eligió con cuidado a sus testigos. Los tres hombres aparecieron cuando ella terminaba de borrar del campo central al último animal ya reproducido en la guarda, para dar cabida a la cola de la serpiente león. Por largo rato debieron estar ocultos en la sombra del taller. Ella no se extrañó de no haberlos percibido, porque bien sabía de lo que era capaz un guerrero. Había ira en el rostro de Eurímaco y dolor en el de Anfínomo; pero Antínoo sonreía y ella supo que estaba perdida (así, tan sin alegría, había visto sonreír a su padre antes de partir a la guerra, tras enterarse que el principal aliado se había pasado al enemigo... luego los hombres contaron que el rey había entrado en combate como si buscara la muerte y, contra todo pronóstico, la batalla se había ganado). Pero una reina no da explicaciones. Y ella era demasiado adulta para no saber que el enamoramiento no resiste a la sospecha, porque supone la perfección del amado. El solo hecho que los pretendientes hubiesen intentado sorprenderla indicaba que la seducción llegaba a su término; y ninguna explicación podría algo contra eso.

En ese momento ella recordó, con sobresaltada esperanza, que el último animal borrado era el potro rojo con dorado cuerno de narval<sup>1</sup> en la frente, el cual correspondía precisamente a Eurímaco. Los tres hombres entre ciento ocho habían estado a la vez juntos en el centro de la tela y en la habitación; y eso era tan raro como de amanecida arrojar al mar un anillo y por la tarde encontrarlo en el vientre del pez que se cocina para la cena (en ese momento necesitaba creer en la magia y no quiso pensar que los tres hombres seleccionados por ella pudieran ser también los tres obviamente mejores para cualquiera; lo cual hubiera destruido toda la rareza de la coincidencia). También recordó que Atenea protegía a las tejedoras. ¿Habría la diosa hablado a través del bordado?

Los quince días que siguieron fueron como un atajo del Destino para reencontrar su curso perdido, aquel del cual ella intentara apartarlo tres años atrás. Los pretendientes, encabezados por Antínoo, se

---

<sup>1</sup> Ella decía “de Thule”, por el nombre que los trapaceros fenicios daban al lugar de donde traían, siempre de a uno, esos cuernos marfileños, largos como una lanza y retorcidos como un barreno.

establecieron en el palacio como una fuerza de ocupación sobre un reino vencido. No lo abandonarían, dijeron, mientras ella no concluyera la tela y tomara nuevo marido. Pero ella sabía que esa condición era imposible, porque ahora, roto el embrujo, los pretendientes habían tornado a ser la banda de lobos que eran al llegar. Quien fuera elegido como esposo provocaría en su contra la alianza de todos los demás. Y entonces ella, su hijo y el palacio serían legítima presa de guerra. Los regalos cesaron, pero no el estrago en los rebaños y bodegas. También los pretendientes comenzaron a dar órdenes directamente a los esclavos; y pronto encontraron entre éstos a quienes, conforme a su naturaleza servil, se apresuraron a reconocer a los nuevos amos. Melanto se tornó cada vez más insolente.

Ella estaba preparada desde la infancia para convivir con la violencia. Sabía que lo único por esos hombres respetado, fuera del poder, era los buenos modales, su marca de clase. Acogió con elegancia la situación, sin ruegos ni protestas; sólo indiferente hacia cuanto se hubiera restado a su autoridad, como si ella fuese la invitada.

Entregó la administración del palacio a Euriclea, de cuya lealtad no cabía dudar, con instrucciones de no resistir y en lo demás conservar la rutina; así sería la esclava y no la señora quien sufriría la ofensa asociada a cada usurpación. Ella se refugió en las habitaciones interiores; pero no renunció a presentarse en la Gran Sala y el patio exterior (donde los pretendientes pasaban casi todo el día porque eran los únicos lugares bastante amplios para contenerlos cómodamente a todos; y porque ninguno de los hombres permitiría que otros ganaran ventaja entrando solos en un lugar más próximo a la reina); no convenía añadir a su actual condición la de prisionera, ni desafiar a los pretendientes con su ausencia. Conservó también su trato amable y discreto para todos; sólo que ahora con un tono tan formal y desapasionado que se percibía de inmediato en ese trato un homenaje a su propia educación y no al interlocutor. Pero en la soledad de su habitación lloraba de rabia. Y Euriclea, que creía lo que quería creer, se sentía más ligada que nunca a su ama.

En ese mundo de aristocráticos guerreros había límites incluso para la violencia. Si ella no abandonaba su pasivo papel, los pretendientes no encontrarían pretexto para ir más allá; y años podría pasar antes que se agotaran los rebaños. Pero entonces Telémaco habría entrado

largamente en la adultez; y nada justificaría que no hubiese muerto tontamente como un caballero, defendiendo su patrimonio; ninguno entre los dánaos aceptaría por rey al hombre que rehuyera su primera prueba. ¿Por qué serían tan intratables los machos cuando juzgaban sobre lo intangible?

Euriclea propuso el veneno; pero a la anciana no le importaba morir en la hoguera y eso tampoco salvaría el trono para el hijo: eran ciento ocho príncipes, cuyos cadáveres podrían convocar una fuerza vengadora cincuenta veces mayor entre familiares, amigos y esclavos de confianza, si fueren separados de su alma de un modo que las costumbres condenasen. Años podría pasar antes que se agotaran los rebaños y después la infamia cubriría a los pretendientes. Entonces la odiarían; y sin tener ya nada que perder se volverían contra el palacio. Sólo la guerra, con sus despojos ajenos, permitiría reconstruirlo tal como fuera construido ¿qué sería entonces de Telémaco?. En cuanto a ella, terminaría de esclava de un esclavo si sobrevivía a la violación colectiva. También Laertes podría morir en cualquier momento y para entonces la tela debería estar concluida y ella no podría eludir el matrimonio ni la ruina del reino. El tiempo estaba de nuevo contra todos, como ocurre cada vez que la acción prescinde de la mujer.

## Capítulo V

### Dictadura

Ahora Antínoo quería el trono de Itaca. Y se dio cuenta que el camino hacia éste ya no pasaba por el lecho de la reina sino por la extinción del linaje. También sabía que los pretendientes no lo seguirían por ese camino mientras la reina no abandonara su pasivo papel. No antes que se agotaran los rebaños; y después sería demasiado tarde, para todos. Entonces él optó por la corrupción.

Los trinchadores fueron instruidos de cortar trozos más grandes; y los escanciadores de circular con mayor rapidez en torno a las mesas del banquete para las mantener las copas siempre llenas. Comenzó a elevarse el tono de las voces, la licencia del lenguaje y el peso de las bromas. También retornaron las pruebas de fuerza; y Antínoo inventó un novedoso desafío, el de quien entre ellos obtenía obediencia más

pronta sobre los esclavos del palacio. El juego era nuevo porque sólo tenía sentido con esclavos ajenos; y ofrecía ilimitadas posibilidades de variación: se les daba órdenes contradictorias, o simultáneas, apostando a cual cumplirían primero; o bien en sucesión tan rápida que no alcanzaban a cumplir ninguna; se los reprendía por el incumplimiento de una orden no dada y, cuando algún desdichado intentaba justificarse, se lo enfrentaba a un horrible dilema: "¿pretendes, gusano, decir que yo miento?"; un silencio simuladamente amenazador se hacía en la Gran Sala y todas las miradas convergían hacia la víctima, enredada en disculpas que sólo agravaban su situación: "ahora te retractas, eso significa que la primera vez mentiste, has cometido pues dos faltas; tres, si consideramos que con la mentira pretendías encubrir tu incumplimiento de una orden; lo cual supone premeditación". Entonces uno de los comensales preguntaba gravemente a otro: "¿cuál es la pena estipulada por nuestros mayores para el esclavo que ofende públicamente el honor de un príncipe?" Y la respuesta prolongaba el tormento: "antes, preguntemos a él mismo que pena cree merecer; sospecho que estamos en presencia de un pillo desvergonzado; te apuesto, querido, que espera salvar entero su cuerpo y así, seguramente, ganar ascendiente entre los de su clase". Luego otro gallardo joven intervenía, dirigiéndose a la peluda y embrutecida criatura que temblaba al borde del llanto frente a los pretendientes: "¿así que eres un demagogo, un profesional del motín?". Agotados los placeres intelectuales un señorial vozarrón interrumpía: "¿hasta cuándo, príncipes, dejaremos que este animal estropee nuestro almuerzo? ¡Y tú! ¿por qué estás todavía de pie ante nosotros como si quisieras parecerte a un hombre? Te arrastrarás de bruces y gruñirás como cerdo para que no olvides cuál es tu lugar, mientras decidimos que hacer con tu pellejo".

Esa noche hubo que amarrar a un esclavo para que no continuara arrastrándose, con los codos y rodillas desollados; pero no se pudo impedir que siguiera gruñendo: "ihoinc, hoinc!" hasta el amanecer (pues en su estado de alteración, una mordaza sin duda lo habría asfixiado).

Como hábil maestro de impías ceremonias Antínoo dirigía la diversión. Los esclavos más listos o fuertes podían comprar seguridad transitoria, uniéndose al escarnio contra los más débiles o torpes. Alegres risas festejaban el aullido de dolor del que había recibido grasa caliente en

sus manos por no haber percibido a tiempo el guiño del compañero que servía. Otro ganó el derecho a beber una copa con los príncipes, por haberle fijado con un alfiler en la espalda la parte inferior de la túnica a una de las muchachas que atendían el fuego encucilladas; al levantarse, ésta exhibió sus blancas redondeces; y dio toda la vuelta a la Gran Sala, llamada con distintos pretextos, antes de descubrir el motivo de la tempestad de carcajadas. (Euriclea la encontró en el establo justo cuando la muchacha, sollozante, intentaba colgarse de una viga; y debió llevarla a dormir con las camareras de la reina para que sus propias compañeras no continuaran zahiriéndola).

Las esclavas más jóvenes, exhaustas por el servicio nocturno que les exigían los pretendientes, ya no podían ayudar con eficacia a las más viejas durante el día. Una suciedad grasienta, de taberna de puerto fenicio, comenzaba a extenderse por suelo y paredes. Y una atmosfera de pantano crecía dentro del palacio; nada parecido al limpio temor que precede a las batallas y estrecha los lazos entre camaradas de armas, sino una inseguridad pegajosa y angustiante que aislaba a cada cual en el seno de su propia traición. Tampoco los pretendientes escapaban a su influjo; se daban cuenta de estar yendo demasiado lejos, pero no sabían cómo detenerse. Encontrándose todos en una situación sin precedente, uno había tomado la cabeza y los demás lo habían seguido; cada nuevo exceso los comprometía un poco más, pero ninguno sobrepasaba en tanto a los anteriores como para justificar un apartamiento que hasta ese momento no les pareció necesario; y que sin duda sería interpretado como un reproche, ofensivo para los otros príncipes presentes: ¿quién podría ser tan poco sociable?. Pero cada nuevo consentimiento en lo no querido demolía un poco más la imagen de sí mismos, única guía para sus actos voluntarios ("esto soy, por lo tanto esto me corresponde hacer"). Y una creciente debilidad se apoderaba de los espíritus; era el avance del moho. Sólo Antínoo parecía aumentar en orgullo y dirigía dolorosos sarcasmos a los pretendientes que no probaban dominio sobre los esclavos de la reina; pronto lo haría contra quienes no se unieran a esos sarcasmos, pues ya eran minoría. Apenas unos días atrás, por mucho menos los ofendidos habrían desenvainado las largas espadas; ahora preferían reírse forzosamente y corregir el error, esperando que el próximo golpe cayera sobre otro. Sin darse cuenta los guerreros se convertían en militares.

Femio comprendió que ya no era la reina sino Antínoo a quien cortejaban los pretendientes, ya no era emulación sino complicidad lo que los unía, ya no era el amor sino el poder lo que conducía la acción. Todo estaba listo para el crimen. El no era un caballero sino apenas un inspirado admirador del mundo de los caballeros; y estimó que era el momento de ir a visitar a sus parientes, en la muy lejana Quíos. Pero la oportuna amenaza de cortarle la lengua y otras partes para él no tan útiles lo retuvo en el palacio, donde debió resignarse a interpretar procaces canciones de campamento. No quedaba lugar para testigos neutrales.

## Capítulo VI

### Salida Política

Ella pensó que todos estaban tan atrapados por el palacio como sus imágenes por la tela. La trama de relaciones que los unía seguía tejiéndose fuera ya del control humano, oprimiendo a sus protagonistas como un nudo de serpientes que sin duda terminaría por estrangularlos. A veces, en el tejido, algún espíritu juguetón enreda los hilos y ni las manos más diestras pueden desatarlos; esos nudos siguen creciendo y apretándose como si tuvieran vida propia, hasta que la tejedora se da cuenta, invoca el nombre de Atenea, y los corta. Pero ahora ella estaba en el nudo y no tenía fuerza para cortarlo. Ella no, pero tal vez otro sí; alguien que estuviera fuera del nudo, alguien que tejiera otra tela más grande y para quien el nudo resultara molesto, alguien más fuerte que ciento ocho príncipes y una reina desarmada.

La luz se hizo en su espíritu y ella reconoció la presencia de la diosa; transida de gratitud prometió sacrificar en su honor una blanca novilla. ¿Pues qué, si no una trama de modales, sostiene unido contra el Caos al conjunto de los príncipes y damas que configuran el mundo de los seres humanos?. Esa trama es la tela mayor, y esos príncipes los tejedores más fuertes. Había que conseguir que la ocupación del palacio de Itaca se convirtiera en su nudo molesto. No podrían intervenir contra los pretendientes mientras ella aceptara el cortejo; y ella no podía rechazarlo después de haberlo aceptado. Lo llevaría pues hasta su término natural, eligiendo marido; pero no según su siempre

controvertible gusto de mujer, sino mediante una prueba que ningún guerrero podría rechazar y ninguno de los pretendientes cumplir; la misma prueba que su padre pusiera para entregarla en matrimonio la vez primera y que sólo el rey de Itaca pudo superar: lanzar una flecha a través de los ojos de doce hachas desmangadas clavadas el línea. Después los tejedores de la tela no permitirían que los derrotados continuaran el asedio, porque permitirlo equivaldría a reconocer el derecho de optar al poder eludiendo la prueba caballeresca. ¿"Democracia" convendría llamar a un uso semejante? Eso alarmaría bastante a cualquier príncipe.

Los pobres muchachos que la pretendían tendrían que tragarse su vergüenza; pero merecido se lo tenían por haberla asustado como lo hicieron. Se sentía tan contenta que hasta pensó en perdonar a Melanto; tal vez bastaría con unos azotes en su caliente trasero y luego se la daría como mujer al porquerizo Eumeo. Ahora tenía que apresurarse en terminar el bordado para que nadie dijera que ella no había cumplido su parte; y para que ese odioso Antínoo no se le adelantara con alguna jugarreta de mal gusto, como asesinar a Telémaco. Una buena fecha sería la fiesta de Apolo, el arquero celeste, en la próxima luna nueva. Los heraldos llevarían la noticia a la ciudad para que hubiera muchos testigos. Ella, naturalmente, se tomaría una razonable ventaja: la prueba sería comunicada el mismo día para que los pretendientes no tuvieran tiempo de prepararse; y también para que no fueran a llegar otros héroes inoportunos, de endemoniada puntería, deseosos de medir su destreza. Además ella aportaría el arma, el gran arco de su esposo, a cuyo manejo ninguno estaba acostumbrado. Tal vez, el vestido verde y el cintillo de esmeraldas serían lo más adecuado para la ocasión. Pero la Parca había dispuesto otra cosa.

## **Capítulo VII**

### **Plan Divino**

En el día quinto de esa horrible quincena comenzaron las señales que ella no supo interpretar. Ahora sabía que revelaban la aproximación de una presencia poderosa, como el revuelo de pájaros que precede al emerger de la gran ballena. Primero llegó ese Mentos, que no se quedó

para conocerla. Y al día siguiente Telémaco convocó a la Asamblea del Pueblo de Itaca (por primera vez en veinte años) y denunció a los pretendientes. No consiguió apoyo pero sí simpatía. Esa noche se embarcó en secreto hacía el continente para tener noticias de su padre, según contó después Euriclea. Ella quedó furiosa y aterrorizada: el muchacho había preferido confiarse a una tonta esclava; y además había removido un mortal avispero, justo antes que ella tuviera lista la red para atraparlo. En efecto, los pretendientes se enteraron del viaje y le tendieron una emboscada. Pero Telémaco los eludió como si la propia Atenea lo guiara; y al séptimo día de su partida estaba de regreso, tan jactancioso como si ella nunca lo hubiera educado. El recuerdo la hizo enrojecer de orgullo, pues su hijo había cumplido una valiosa prueba iniciática: el viaje de noche a través del mar, por el cuadrante de la muerte; y había sido honrosamente recibido por Néstor y por Menelao, los poderosos caudillos veteranos de Troya.

En la cena de esa noche ella mostró a los pretendientes la tela terminada. Y por única vez los turbulentos jóvenes habían concluido en silencio la velada.

En la oscura habitación la tela parecía brillar con luz propia: los bordados de plata semejaban desnudas osamentas y los de oro arroyos de sangre. A ella se le ocurrió que el alma de Laertes se iría al Hades satisfecha, pues su cuerpo reposaría rodeado por una regia hecatombe. Veinte espacios negros había intercalado en la guarda exterior para que todas las medidas de la tela concordaran (después supo que también serían llenados). Y en el campo central la serpiente león se mordía el extremo de la cola con la cual ahogaba al caballo paloma. Entonces se dio cuenta que, sin ella proponérselo, entre los dos grandes animales había aparecido un tercero, la sombra de un enorme jabalí que se revolvía en opuesto sentido, configurada por lo no bordado. Entre todos los animales de la tela era el único de su especie; y ella sabía ahora por qué: el jabalí siempre le había recordado a su esposo, tan velludo, a la vez rechoncho y ágil, terrible en la cólera y más peligroso cuanto más acosado.

Al día siguiente apareció en el palacio el mendigo de los hombros anchos. Por cierto, era él. Veinte años son mucho tiempo y ninguno había pasado en vano sobre su esposo; pero hay cosas que no cambian. Sin duda venía disfrazado, pues antes asaltaría en los caminos o se

dejaría morir de hambre que mendigar de verdad. ¿Estarían los expertos veteranos de su ejército rodeando ya el palacio?

Entonces vio la desesperación en sus ojos; y sintió piedad por ese hombre derrotado que era el padre de su hijo. A su modo, rudo y dominante la había amado; pero siempre amó más la aventura.

¿En qué lugares odiados por los dioses había perdido a los compañeros que zarparon con él hacia Troya, y el rico botín que todos decían allí conquistó? Ahora las familias de Itaca le pedirían cuenta por sus muertos y nadie lo auxiliaría contra los pretendientes. Envejecido como estaba, tal vez ni a uno solo podría hacer frente. Para no obligarlo a cometer una locura, simuló no reconocerlo. El mismo le había ofrecido esa posibilidad al presentarse bajo un nombre falso, contando una de esas entretenidas mentiras que continuamente discurría.

Ella no había podido retener las lágrimas ante ese hombre que fingía ser otro para encubrir la vergüenza de ya no ser lo que había sido. Pero una parte de su mente se mantuvo tenazmente alerta: los machos eran animales peligrosos; y si su esposo creía que ella lo traicionaba, allí mismo podría, con una sola mano, quebrar su cuello como una caña.

Para dejarle una esperanza de retornar con su nombre verdadero a recuperar lo que era suyo, le anticipó su proyecto de someter a los pretendientes a la suerte del arco. Él lo aprobó calurosamente. Y ella supo que él intentaría ganar de nuevo su mano. Si fracasaba, se desvanecería en el silencio como un caballero. Nada empañaría su fama, acrecentada por el misterio de su desaparición al retorno de Troya, diez años atrás.

Sin duda, él había enviado a Mentos por Telémaco. Era natural que prefiriese confiar en el hijo varón antes que en la esposa; pero ¿con qué fin? Si quería saber lo que pasaba en la isla le bastaba con su disfraz. Tal vez quería probar a Telémaco; no, en ese caso él mismo lo habría acompañado. Alejarlo, ¡eso era!; su esposo venía a morir matando y había cuidado de poner a salvo a su hijo; sin descubrirse, pues de otro modo Telémaco quedaría deshonrado. Seguramente confiaba en la prolongada hospitalidad de Néstor y Menelao; pero el muchacho, impaciente, había retornado antes de tiempo. El padre habría querido verlo: debió estar en Pilos (el punto de arribo del hijo), con Néstor,

confundido entre la multitud; tal vez reponiéndose de sus fatigas antes del combate final. Luego algo habría fallado y perdió tiempo en el cruce hasta Itaca. Ya habría ocasión de interrogar a Eumeo, que llegó con él al palacio.

Ahora ella había salvado la vida de todos al darles la opción del arco. Sólo la molestó que hubiese bastado la llamada del padre para convertir al hijo en adulto. Por un momento echó de menos esos tiernos retozos entre ella, Telémaco y Melanto; pero el tiempo todo lo destruye. Se sintió vieja y cansada.

Esa noche tuvo un sueño extraño: un poeta ciego que aún no nacía, cantaba la guerra maldita. Las palabras, al salir de su boca, se convertían en hilos y se confundían con las cuerdas de la cítara. Los dedos del poeta, junto con arrancar sonidos, tejían un bordado. Unos hombres sin armas lo escuchaban embelesados; eran dánaos, pero no príncipes predadores ni humillados esclavos, sino bellos, inteligentes y libres, tal como ella había querido a Telémaco. Se sintió contenta y aguzó la mirada. En el bordado del poeta muchos guerreros, entre ellos su esposo, se afanaban con las naves para alejarse de la orilla, como si los amenazara un peligro mayor que el incendio en la distancia por ellos mismos provocado. Ahora navegaban por el mar oscuro. Los dedos del poeta tejían cada vez más rápido y el viento comenzaba a soplar. Furiosos torbellinos arrebatában las naves hasta el confín de la Tierra y las introducían a un mundo que no era de los humanos. Atroces imágenes se sucedían entre nieblas y tormentas: gigantes, sirenas, dragones, todos haciendo presa de los guerreros atrapados como en un laberinto, sin poder encontrar el regreso, hasta que sólo quedaba su esposo con vida. Ella deseaba ayudarlo pues era uno de los suyos: "¿cómo, divina Atenea, se sale de un laberinto sin puertas ni paredes?". Bruscamente, la escena cambiaba. En el bordado del poeta una araña de oro tejía una tela de plata; al terminar, la tejedora se convertía en una bella concha de caracol rosada. Desde toda la periferia, ciento ocho guerreros trepaban hacia el centro por los hilos de plata; cuanto más se acercaban más se enredaban y más lento se hacía su avance; ya estaban casi convertidos en capullos cuando uno sacaba la espada, cortaba los hilos que lo retenían y tendía la mano hacía el objeto codiciado; al retirarlo quedaba a la vista el centro de la tela, semejante al brocal de un pozo que se perdía en lo profundo; de allí emergía su

marido descolgándose con el arco a la espalda; al momento siguiente lo tenía en su mano, probaba la cuerda y ésta sonaba como el grito de la golondrina. El sueño comenzaba a desvanecerse, la cara del poeta se ajaba rápidamente; antes de despertar, sobresaltada, ella recordaba haber visto un rostro viejísimo y algo como la garra de la Parca que cortaba todos los hilos. Así amaneció el día de la fiesta de Apolo.

## Capítulo VIII

### Orden Restablecido

Todo ocurrió según estaba previsto, salvo en un importante detalle: su hijo, como nuevo jefe de la familia, asumió por primera vez la dirección de los ritos. Lo hizo bastante bien, pero olvidó citar a los testigos para la prueba siguiente; cuando ella se dio cuenta ya era tarde, pues los pretendientes se hubieran opuesto. Después ella descendió a la Gran Sala, con el arco de su marido desmontado entre las manos, y lanzó su desafío (el vestido verde y el cintillo de esmeraldas habían causado muy buen efecto).

Antínoo olfateó la trampa, pero antes que pudiera oponerse, Telémaco expresó su voluntad de competir; ahora los que se creían mejores no podrían eludir la prueba. Desde el almuerzo hasta la cena estuvieron intentándolo, y ninguno consiguió siquiera montar la cuerda. Antínoo había hecho circular el arma en sentido inverso a las copas, de modo que él fuera el último; se sabía el más fuerte; competiría si otro anterior superaba la prueba; pero cuando llegó su turno no vio motivo para arriesgarse: ya había ganado por ser el único no derrotado; y encontró un reversible argumento que los demás estuvieron ansiosos de aceptar: "nadie podría cumplir prueba semejante en el día del arquero celeste". Ahora los pretendientes lo seguirían hasta donde quisiera llegar, pues nada les quedaba por perder. Entonces el mendigo pidió el arco desde la puerta donde había permanecido. Y una lluvia de insultos le contestó. Sin testigos imparciales presentes, el arma jamás llegaría hasta sus manos. Pero Telémaco habló, con una desconocida voz imperiosa, y la envió a ella al interior del palacio a ocuparse de sus tareas femeninas. El ventarrón de carcajadas que festejó a este masculino exabrupto alivió la

tensión. Y ella por fin comprendió que Telémaco estaba en el secreto y había optado por morir con su padre.

La angustia la ahogaba, pero sabía cuál era su deber; para ese momento había sido educada: la casa real de Itaca se extinguiría con dignidad. Sin una palabra, obedeció la orden de su hijo (no podía saber que jamás, ni aun el día de su boda, fue tan bella: pálida y serena, inmensos los ojos, erguida como una caña, pareció llevarse consigo toda la luz de la sala). Antes de perderse por el recodo de la escalera, alcanzó a ver el arco en manos de su esposo; luego se cruzó con Euriclea que cerraba las puertas. La anciana canturreaba una antigua tonada de matanza (la misma que animaba a los hombres de su clan al combate, allá en las lejanas montañas del norte), su único recuerdo de infancia; y algo como el brillo del amor tenía en los ojos.

Ahora ella esperaba su turno, en este aposento donde había agotado sus lágrimas. Sus hombres habían peleado bien, pues la espera era larga. Pero ya había cesado el espantoso rumor, ese temblor del suelo como el que se siente al paso de un rebaño despavorido, esos repetidos golpes sordos contra las cerradas puertas de roble, y esas voces lejanas como las que anuncian el retorno de los pastores. El picante olor del azufre encendido penetraba por los intersticios... el rito de purificación. Horrorizada comprendió que se reservaba para ella la muerte de las brujas. Casi gritó cuando la puerta se abrió. Como en sueños vio a Euriclea que la cogía de la muñeca y la guiaba hasta la Gran Sala, donde ya no había vestigios de sangre (no quiso imaginarse lo que habría en el patio exterior). En medio estaba de pie su hijo, bello como un dios, y a su lado el otro hombre. Ella debió sentarse para no caer: ¿así que era cierto lo que se contaba de su marido?

La religión de la culpa aún no había sido revelada, y Penélope se echó en brazos de Odiseo, feliz como una niña a quien su padre arregla un juguete descompuesto.

## La Dama en el Umbral

“...hay entre nosotros señas  
que los demás ignoran...”

Odisea, Canto XXIII

Versos 109 al 114

### Capítulo I

#### El oficio del guerrero

Lentamente se disipaba la bruma rojiza, mientras un cansancio enorme lo invadía. Sólo podía mover brazos y piernas pensando en hacerlo. Y eso reforzaba la sensación de ser su cuerpo algo ajeno, como el caballo para el jinete. Era un buen caballo de guerra su cuerpo: viejo, pero al modo de las cosas muy confiables, esas que parecen más capaces de perdurar cuanto más ya lo han hecho; y hermoso, como todo lo que cumple bien su función.

Mirando sus brazos descubrió una herida propia entre la sangre ajena; debió ser la lanza del Polictórida, que pasó tan cerca. Sus recuerdos próximos se desvanecían rápidamente, como al despertar en mitad de un sueño. Hizo un esfuerzo para retenerlos; sabía que por años los hombres hablarían de esa matanza.

Entonces lo inundó la tranquila satisfacción de haber estado a la altura de su fama. Y, ya sin odio, se vio a sí mismo de nuevo en la Gran Sala, enfrentado a la multitud de los pretendientes. Eran tan bellos y fuertes como a él le gustaría volver a ser. Antínoo y Eurímaco, semejantes a dioses, eran más incluso de cuanto él lo había sido; y el segundo había exhibido un magnífico valor. Pero eran tan inexpertos. Fue casi una perversidad haberlos sometidos a la prueba del arco. Bien sabía la

artera Penélope (por habérselo él comentado) que ese arco, como todos los de cuerno, era ligeramente asimétrico y, sin una adecuada torsión de la muñeca, resultaba imposible para un hombre solo armar su cuerda. Sin sorpresa recordó su propio perfecto disparo a través de las doce hachas desmangadas. Siempre que entraba en combate le sucedía lo mismo: las armas parecía dirigirse solas hacia el recto destino y sus adversarios parecían moverse tan lento como si estuvieran sumergidos en agua hasta el cuello, de modo que él podía anticiparse a todos sus golpes. Era curioso que otros no percibieran esa lentitud. "Magia de Atenea" era la serena explicación de Néstor, quien sin duda era muy sabio o de otro modo no habría vivido tantos años; pero la diosa no engañaría a sus protegidos haciéndoles creer que eran más rápidos. Cualquiera fuese la explicación, ni aún con esa mayor velocidad hubiera escapado esta vez de la muerte, en aquel espacio tan reducido, si en lugar de ciento ocho novatos hubiese tenido en frente a diez veteranos de Troya. El Périda mismo nada hubiera podido contra tantos, antes que el pánico hiciera de aquellos su presa; pero esto jamás lo hubiera reconocido ese arrogante carnicero, acostumbrado como estaba a avanzar por el campo precedido de su fama, el más invulnerable de los escudos. La administración del pánico, el secreto de las batallas...

Fue una buena idea su exhibición previa de puntería; y también lo fue matar en primer lugar a los líderes naturales, que hubiesen podido organizar una reacción colectiva de los pretendientes. Eurímaco casi lo había conseguido: su proposición de parapetarse con las mesas y atacar al arquero todos a una, no podía ser más correcta. El muchacho sólo había fallado al no prever la natural vacilación de sus compañeros: atacó antes que estuvieran listos para seguirlo y eso le costó la vida. ¿Acaso nadie le había enseñado que los gritos de guerra pueden servir para hacer de una multitud un grupo, dando un ritmo único a todos sus miembros? Anfínoo fue un caso diferente: era un caballero y no un líder; atacó a sabiendas que iba a morir, sólo impulsado por la vergüenza de haber vacilado en el momento oportuno. En Troya esos cayeron a montones, para sustentar la fama de los nacidos con los dones del águila, que nos cebamos en ellos. Pero Antínoo era el peligro mismo y debió morir sin hablar (la primera flecha le cosió la garganta a la cerviz); dominador como el león y astuto como la serpiente, pudo perfectamente pensar en las copas... ciento ocho pesadas copas de oro arrojadas por otros tantos brazos fornidos: una sola que diera en el

blanco y el arquero quedaría inválido; luego las espadas de bronce harían su trabajo y la sombra de Odiseo estaría siendo para siempre la irrisión del Hades. Recordó cómo la desesperación y la ira crecieron dentro de sí al darse cuenta del error cometido. Diez años antes no hubiera olvidado hacer despejar las mesas, con alguna estratagema, antes de comenzar a matar. Fue entonces cuando penetró en la Gran Sala esa bruma rojiza que sólo podía ser la presencia de la diosa (nunca faltó en sus más empeñados combates), y todos comenzaron a moverse lento, y ese grito que acallaba a los otros ruidos era su propio grito de guerra, y el arco disparó hasta la última flecha sin fallar ni una sola, porque en cualquier momento alguno podía pensar en las copas y, aunque sólo quedaren diez, su alma estaría perdida. Luego Telémaco llegó con los escudos (por tercera vez en esa noche su hijo le salvaba la vida) y se dio la carga final. Los últimos casi rogaron por la muerte que los liberaría de su pánico. A veces daba asco ser un héroe...

## Capítulo II

### El secreto de Odiseo

Las esclavas ya se habían presentado. Un tímido y emocionado rebaño que venía de pasar horas de angustia sin saber cuál sería su suerte. Sólo doce, las que llevaban en sí la simiente extraña, fueron ejecutadas; eran las más jóvenes y bellas y habían sido recibidas en el palacio después de su partida (su mujer siempre tuvo buen gusto). Por cierto, no eran culpables; pero un esclavo tiene la vida en préstamo y ahora ésta se les demandaba para encubrir la ligereza de su ama.

Su hijo había vacilado ante la belleza morena y salvaje de Melanto; pero la muchacha sólo tenía rencor en la cara y ni siquiera lo miró; hubiera sido una buena esposa para un rey bárbaro. Telémaco hizo bien apretando rápido el lazo en su cuello. Ahora las restantes esclavas, aliviadas y felices, halagaban al vencedor, con esa inmediata aceptación de lo irremediable que es atributo de la mujer y sin el cual la guerra habría podido más que la vida.

Pero Penélope nació reina y se tomaba su tiempo. Sin pensarlo mucho él había querido sacar ventaja recibiendo a su mujer en la Gran Sala, el campo de la hazaña. Demasiado tarde recordó que con Penélope todo

intento de presumir era inútil. Y sin embargo ¿no tenía él derecho a esperar que esta vez al menos, después de tanto Caballo de Troya, cíclopes, sirenas y pretendientes masacrados, ella viera en él eso que él quería mostrar de sí?; esa imagen suya, exigente como una amada celosa, para mantener la cual se veía obligado a forzar el ingenio y arriesgar la vida; esa imagen sin la cual era Nadie (como supo Polifemo cuando lo tuvo en sus manos); sólo un hombre como cualquier otro, sin más mérito que otro para entrar al lecho de Penélope.

Como una lanza bien apuntada lo traspasó el dolor de no existir, necesario, en la tibia luz de esos ojos queridos. Ciertamente que ella había sido suya, pero como pudo serlo de cualquiera con quien su padre la hubiera desposado. Ni aun en el placer despojada de esa elegante reserva que en otras ocasiones era su delicia, como cuando sentada en la Gran Sala escuchaba atenta la conversación de los varones (eso era antes de la partida hacia Troya), tan discreta que no parecía estar presente, pero tan necesaria que cuando ella faltaba la conversación moría. Nunca más próxima ni más distante, apasionada sólo en los ritos de la divina Artemisa, la libérrima.

¿Qué hechizo había en esa mujer, que estando entre otras era la última en ser mirada, pero hacia la cual después la vista, una y otra vez, sola se volvía? ¡Y ese aroma, leve y seco, de su piel! Otros conocía, embriagadores vinos de Afrodita, complemento perfecto para un momento de olvido; pero éste solo persistía, en alta mar o entre los cedros, cuando ya no sabía dónde estaba Itaca.

¿Cómo, poderoso Eros, sorprender a la que daba por sentado que la hazaña era el oficio de su marido, tan naturalmente como si sólo de trazar rectos surcos de arado se tratase?

Recordaba la mirada con que ella apoyó la petición de Agamenón, cuando éste vino en busca de ayuda para rescatar a Helena cautiva en Troya; y no obstante su mujer odiaba a Helena, la primera pretendida; pero, claro, la buena educación exigía no desairar a un rey tan poderoso como Agamenón lo era. ¡Un obcecado y autoritario vaquero, cuyo pésimo comando alargó diez años la guerra y permitió a Troya dilapidar su tesoro en la obtención de aliados, dejando sin botín a los dánaos! El hubiera esperado un poco, hasta que Agamenón ofreciera mejores regalos; pero no quiso parecer menos heroico a los ojos de Penélope:

iella se entretenía tanto cuando él contaba sus hazañas!... algo exageradas, tal vez, pero no era su culpa tener el don de contar historias.

Hasta que en uno de esos largos días de Ogigia, comprendió que no era la hazaña sino el cuento lo que Penélope amaba, la música de las palabras, las imágenes evocadas por éstas y las extrañas ideas que de esa trama surgían como ventanas abiertas en el duro mundo de las cosas. Si él lo hubiera descubierto antes no habría emprendido nunca ese maldecido camino del oro de occidente, temeroso de llegar con las manos vacías al regreso de Troya. Y ahora Euríloco y Antífo y los otros buenos compañeros estarían con él; y él no se habría visto obligado a matarlos para que no lo devoraran dormido, convertidos por el hambre en espectros, en esa balsa construida con los restos de las naves, a la que llamaron "Medusa" por su aspecto abigarrado. La idea del horrendo festín nació de Elpenor, el primero cuya sombra plañidera retornó en la noche. Esa noche desde entonces repetida en sus sueños, cuando el Hades abrió sus puertas y las sombras de los muertos se congregaron en la balsa que comenzó a hundirse bajo su peso y él, por primera vez más lento que todos, las fue echando al viento una a una con la punta de la espada, temiendo a cada instante pasar de largo o ser cogido por la espalda, mientras nuevas centurias de sombras llegaban. ¡Oh Zeus, a cuántos hemos matado! La última fue su madre, Anticlea, que sólo probó el bronce después de intentar morderlo en el tobillo con su querida boca desdentada; pero él necesitaba toda su sangre si quería conservar la esperanza de volver hasta Penélope. Despertó en brazos de aquella saludable muchacha pescadora; Nausicaa, o tal vez Calipso, se llamaba y sería buena madre para esa progenie que él nunca vería. Por ella supo que los hombres de la aldea lo respetaron al no poder arrancar la espada de su mano agarrotada (tampoco descubrieron las barras de oro amarradas bajo el fondo de la balsa). Sólo más tarde, cuando entregó un mechón de sus cabellos en ofrenda a los muertos, vio que el mechón era blanco como vellón de oveja. No era ésta la historia que su mujer conocería.

Pero ahora había que hacer justicia: "¡Maldición, Euriclea!, ¿qué espera tu ama para venir?"

## Capítulo III

### La prueba de Penélope

Ella descendió a la Gran Sala y ocupó su lugar habitual con la naturalidad de la que siempre ha sido espectáculo.

Los años la habían trabajado como a un vino. Lo que su piel perdiera en tersura, ella lo había ganado en expresividad, y ahora su rostro resultaba más cambiante que un cielo de primavera en Kimeria. Eran tan sutiles los estados de ánimos reflejados, que él no lograba encontrar en ellos una respuesta a sus dudas. Vestía de diario. ¿Querría indicarle con eso que nada había cambiado o, más bien, evitar el patético efecto que causarían ornamentos reales si resultaba condenada?

Se lo quedó mirando en silencio, sin bajar los ojos, pero sin desafío, sólo transfiriendo a él toda iniciativa (su estrategia de siempre), como si contuviera en ella reservas infinitas de paciencia, como si no fuera ella quien debía justificarse por haber atraído al palacio a los pretendientes (pues no llegan por azar ciento ocho príncipes en una misma fecha, ni se quedan tres años si son rechazados).

¿Cómo lo había hecho? Las esclavas nada sabían. Y aún faltaba la pregunta más importante: ¿por qué lo había hecho? Ella no podía sin escándalo abandonar el palacio ni recibir a un amante; pero era sobradamente lista para saber que el mejor modo de ocultar a un hombre es en el seno de una multitud. ¿Qué artes había aprendido para evitar la preñez? ¡Roña de navíos! El podría comprender algún discreto desliz en veinte años de soledad; pero no soportaría que se diera a otro de menores merecimientos un interés que a él se le había negado. ¿No habrá, dioses inmortales, otra explicación? Ciertamente no pudo tratarse de un desesperado plan femenino para la defensa del reino, pues ningún intento de usurpación hubo en Itaca hasta mucho después de la llegada de los pretendientes (todos concordaban en ello); y en cualquier momento de los últimos diez años se pudo obtener que el poderoso Néstor (en Pilos, a sólo horas de navegación) enviara a uno de sus muchos hijos al palacio de Itaca, para que a nadie cupiese dudas sobre

la protección que dispensaba a la familia de su buen amigo Odiseo. Además Telémaco había probado ser todo un lobezno, perfectamente capaz de cuidar de sí (ese era un punto a favor de la madre, que lo había educado). Sólo ante la corrupción brotada en el corazón del palacio, el muchacho había quedado inerme; pero lo mismo le ocurrió al experimentado Agamenón. Hasta una simple mujer pudo percibir estas cosas, como también el peligro de mantener reunido un tropel de machos en celo.

¿Qué secretos ocultaba ese bello rostro reservado? Pero estas preguntas no se podían hacer sin garantía de respuesta satisfactoria, pues ponían en juego la vida de Penélope o la imagen de Odiseo; y él no sabía cuál de las dos era más su vida.

Tampoco bastaba el silencio, pues más de cien príncipes habían entrado al palacio y ninguno había salido. Sólo con palabras podía cerrarse tal discontinuidad en los hechos o ya no se pertenecería a la comunidad humana; era inevitable un juicio y él era el juez, o lo sería la Asamblea del Pueblo de Itaca. No podía indefinidamente seguir matando para encubrir a su esposa. Toda palabra ahora pronunciada sería irrevocable, y él por primera vez en su vida no encontraba la adecuada. Algún dios adverso debía estar riéndose. El, que a tantos había engañado, tenía ahora que intentar engañarse a sí mismo. ¡Y esta exasperante mujer, persistiendo en su silencio como si creyera hallarse en una simple disputa doméstica sobre los estúpidos pavos reales que devoró el pobre Argos!

¿Acaso no comprendía que si él hablaba primero, ella tendría que probar su inocencia; y si no lo lograba ¡llévenme las Erinnias! él la colgaría junto a las esclavas? Y si era inocente ¿por qué no se anticipaba con la explicación y evitaba la indignidad de ser cuestionada?

Ella sin duda sospechaba lo que él estaba pensando, pues, de otro modo, al menos lo hubiera saludado; pero, claro, no hay bienvenida más adecuada que el silencio, para el que llega como juez de un secreto que se quiere guardar.

La ira comenzaba de nuevo a golpear en sus sienes (respuesta a la incerteza) y una sombría determinación le crecía en el pecho. Pues bien,

ya que sólo como amenaza él existía para ella, al menos en eso le probaría que no tenía rival.

Pero Telémaco había hablado. Debió censurar la contención de su madre, pues ésta respondía: "si verdaderamente es Odiseo que regresa a su casa, ya nos reconoceremos mejor, pues hay entre nosotros señas que los demás ignoran"...

La rica voz de la mujer aventó su ira, como la brisa del mar se lleva los hedores de la batalla. Y un deseo de reír como no lo tenía desde niño, le llenó del pecho cansado. Ella lo invitaba a transar. Conociéndola, sabía que eso era lo más próximo a una rendición que obtendría de su mujer sin destruirla. Pero toda transacción implica una oferta. Y ahora los ojos de Penélope eran una sola anhelante promesa.

Ese chiquillo maravilloso, en su inocencia, había interpretado la orgullosa cautela de su madre ante el juicio inapelable del esposo, como un simple problema de identidad; y eso había permitido a ella, en la respuesta al hijo, enviar un mensaje al padre. ¡Ja! La astuta zorrina debió descubrirlo ya en la noche anterior, cuando se presentó a ella disfrazado de mendigo.

Con un fugaz calor en las orejas, recordó que nunca pudo estar seguro de haberla engañado con sus mentiras y que ella siempre tuvo la discreción de no sacarlo de esa duda; pero ahora había mucho más, algo que era escandalosamente ingenioso contenido en la respuesta de su esposa. Si él aceptaba la transacción, ella sería el juez; y entonces se la presumiría por encima de toda sospecha, pues sólo reconocida como justa reina podría Penélope reconocer con justicia a Odiseo en el recién llegado. Debió ser Hermes, el maestro de las transmutaciones, quien inspiró las palabras de Telémaco. ¡Dios del áureo cayado, tuyo es el mejor chivo de mis rebaños!

Por cierto, nadie conocía a Telémaco tan bien como Penélope. Sería muy propio de ella haber esperado tranquilamente que la paciencia del hijo cediera frente al silencio antes que la del padre... No temas por tu chivo, Hermes; ya me ayudarás en otra ocasión, cuando nuestro oponente no sea esta sirena invertida.

Cantando en su corazón, él dispuso que las esclavas simularan una fiesta de boda, con toda su danza y alboroto: sólo una estratagema

bélica destinada a que los vecinos no sospecharan la ausencia de los pretendientes.

Luego fue al interior del palacio para bañarse y vestir elegante túnica: sólo parte del aceptado juego de reconocimiento con su esposa. Pero cuando tornó a la Gran Sala cayó en la cuenta de encontrarse en pleno reino de la mujer. Nada recordaba la hazaña viril que lo precediera; él mismo, con la barba y la melena rizadas y perfumadas, sentíase como uno más de los pretendientes. Empezaba a comprender los tres años que para ellos pasaron como un solo día; y el desesperado intento de Antínoo por retornar a la historia. Como un silbido de alerta en la niebla, brotó en su mente la sospecha de estar entrando de nuevo en el cepo de los dioses; pero él nunca echó pie atrás.

Los ojos de Penélope reían cuando lo sometió a la prueba de identidad: describir el gran lecho matrimonial que él mismo construyera en un solo cuerpo con la alcoba y el olivo del centro del patio interior; una prueba que cualquier cómplice de adulterio podría superar; pero, por lo mismo, una broma demasiado grosera para que ella la hiciera si fuese culpable; de sobra sabía que no obtendría otra explicación de su esposa. Entonces ella corrió a sus brazos, con leve gesto de pájaro. ¡Oh dioses, qué bien calzaban sus cuerpos! Y el resto de la noche fue como una lenta lluvia de flores.

## Epílogo

Temprano, al amanecer, mientras Penélope tornada en niña aún dormía, Odiseo dejó el lecho, cogió el más pesado de los remos y echó a andar. Cuanto más se alejaba de Itaca más ágil se hacía su paso. Liviano el corazón y despejada la mente, una brisa fresca como el aleteo de la Fama le alborotaba el cabello.

Una nueva idea pugnaba por nacer: diez hombres hombro con hombro, los escudos formando un muro y por encima las lanzas apuntadas; ante ellos hasta el Pélida revivido se vería obligado a maniobrar. Si en vez de diez fueran cien o mil, avanzando a compás como un equipo de remeros... ¿"Falange" convendría llamar a un orden semejante?

Entonces, bastaría un ejército de simples labradores para sacar del campo a todos los héroes; y también del trono a todos los reyes. ¿"Democracia" habría que llamar a tal desorden?. Pero con sólo diez mil (una fracción de los que fueron a Troya) se podría llegar hasta el fin del mundo y saquear Babilonia... ¿no sería el capitán que los mandare, como un semidiós más grande que un rey?

## Rescate de Helena

“...No es reprehensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos males por una mujer como ésta...”

Iliada, Canto III verso 156

La despertó un gemido que venía de la ciudad baja, la de los pobres, allá donde se había dado cobijo al gigantesco caballo de madera abandonado por los dánaos. Un gemido que se propagaba en ondas crecientes, alimentado por innúmeras voces femeninas, con ese tono desolado que nada más se usa en presencia de la muerte. Entonces ella supo que el enemigo ya estaba dentro y los dioses abandonaban a Troya.

Luego un segundo sonido cubrió al primero. El de ríos de hombres armados bajando por las callejuelas hacia el llameante caldero en que se había convertido la parte invadida, para intentar todavía una vez más detener lo inevitable; “isoberano Apolo –clamó en su corazón- haz que al menos no sean olvidados!” Entre ellos marchó Deífobo, su esposo postrero, el mayor de los hijos que aún quedaban a Príamo, sólo menos bello que Paris y sólo menos valiente que Héctor, los hermanos ya muertos.

Pero un tercer sonido se sobrepuso a los anteriores. Un escalofriante grito de ataque, mezcla de alegre aullido y carcajada rabiosa, repetido a intervalos, cada vez más próximo desde la dirección del caballo. Los guerreros heridos que eran atendidos en el palacio se agitaron inquietos al oírlo: “Odiseo”, susurraron; y los esclavos repitieron el nombre...

El último grito provino del lado interior de las hermosas puertas iqué poco habían resistido!, obligándola a cubrirse los oídos para no enloquecer de pavor. Tras el grito entró el hombre, con receloso paso de lobo, todo cubierto de bronce abollado y de sangre, un hacha enorme que no parecía pesarle en la mano, y al cuello iel maldito asesino! la cadena de oro fenicia que ella misma ciñiera poco antes a Deífobo. La figura rechoncha y ágil y los negros ojos amenazadores eran como ella lo recordaba de doce años atrás, cuando Odiseo llegó a Esparta a pedirla en matrimonio, el menos hermoso pero único interesante entre sus pretendientes... ¿cómo era ese loco proyecto suyo de navegar hasta las puertas del Sol poniente, allá donde se juntan los caminos de la Tierra y del Cielo y el dios desprende hecha polvo de oro su luz excedente?; ipadre Zeus! ¿por qué no dejaste que la distancia lo tragara?...

Unos pasos atrás -sólo Aquiles combatía delante, sólo Ajax y Diómedes al lado- y una cabeza más alto pero, aunque letal, ni la mitad de peligroso que Odiseo, entró en la habitación Menelao, su esposo primero. No se veía herido. Pero parecía despertar de una pesadilla después del terrible ataque a través de la ciudad extranjera. Ella conocía bien esa desesperada expresión de su rostro, de tanto haberla visto en los seguidores sobrevivientes de Héctor: la expresión de los que han agotado sus reservas de hombría intentando dar la medida fijada por el héroe que los guía. ¡Pobre Menelao!. Había sido el acompañante menos molesto que pudiera desear una dama de corazón indeciso. Y ella lo había tratado tan mal. ¿Pero quién podía resistir a la belleza de Paris? ¡oh Paris!... Además hubiera sido impío no obedecer al deseo de la divina Afrodita; bien pudo terminar convertida en rata gris o algo todavía peor. Y ahora estos campos de amor y rosas se habían tornado en erial del Sol...

A juzgar por el estado en que su esposo se encontraba, sería más seguro para ella un escorpión posado en su seno. Menelao, indecisa la espada en la mano, escrutaba ansioso el rostro de Odiseo. Un leve, irónico alzamiento de cejas de éste, y la dura espada se clavaría en ella hasta el puño; ipero el codicioso bastardo sólo tenía ojos para evaluar lo que restaba del mobiliario! ¿qué esperaba encontrar después de diez años de guerra?...

En el patio interior y el pasillo se reavivaba el tumulto. Ella reconoció los gritos. Eran los esclavos del palacio que armados con los útiles de la cocina y el jardín acudían a morir como hombres libres. No durarían lo que demora contar sesenta frente a los guerreros forrados de bronce. Odiseo ni siquiera volvió la cabeza. No merecía tanto desdén esa lealtad de los esclavos. Sintió la mujer alzarse dentro de sí una desconocida voluntad de acción y un amor que, por primera vez, no era sólo curiosidad y deseo sino lazo firme atado a la ciudad agonizante: aún se podía hacer algo por vengar a Troya.

En un solo gesto exacto, de danzarina, se puso Helena de pie y desprendió del hombro la túnica, que se fue escurriendo hasta el suelo como agua sobre el cuerpo desnudo. Otro orgulloso gesto de su cuello y la corona de jade y plata rodó hasta los pies de los guerreros, mientras el alto peinado se desmoronaba en cascada de luz enmarcando las formas perfectas. Extendió sin prisa los brazos al frente con las palmas hacia arriba, en el gesto ritual de la sacerdotisa, y sus ojos de ola marina se posaron serenos en los oscuros de Odiseo; ella no necesitaba alzar la cabeza para hacerlo. La voz era como un viento de cítaras: "Para ser botín de guerreros fui engendrada por mi padre Zeus. Obediente a su mandato, Afrodita me dio el don de amar sin ser seducida. Soy leal como la espada al que la tiene en su mano, la que nadie arrebató al más fuerte o más prudente. Sin desearlo traigo la fama y la guerra ¿no ocurre igual con el oro que codician los héroes?.

Pero anhelo el reposo en los mismos brazos, procrear varones semejantes a su padre y envejecer junto al que sea generoso para cargar con mi destino... oh, soy tan habladora; si un hombre así existiera de seguro no me encontraría bella; además ya es tarde y los dánaos deben vengar en mí los males que por mi causa sufrieron, como lo hubieran hecho los troyanos de resultar vencedores"... La voz se quebró en un suave sollozo, Helena bajó la cabeza y se abrazó a sí misma, como con frío. Ahora sus pechos estaban castamente cubiertos. Pero un grueso lagrimón rodó sobre la expuesta curva del vientre y quedó brillando como una gema prendido al oro del pubis.

Odiseo adelantó un paso hacia ella, "Helena..." alcanzó a decir, y era una ruda caricia la voz. Pero Menelao arremetió contra él, en alto la espada, gritando enloquecido. Desde el hombro donde reposaba se movió en círculo el hacha, con zumbido de abeja, y la espada cayó partida entre la hoja y la empuñadura. La mujer oraba en silencio a las Furias: "Negras hermanas, vosotras que nunca abandonáis, llevadme ahora, pero no dad reposo a éstos que destruyen a Troya...".

Como relámpagos en la noche se sucedían en la mente de Odiseo las imágenes de un destino posible: vio en tierra con el cráneo abierto a Menelao; sintió en sus hombros el suave peso de Helena; se vio a sí mismo correr con esa carga adorada por las calles en llamas de Troya, convocando desesperadamente a sus hombres, hasta llegar a las naves (muchos quedarían abandonados); se escuchó enviar un falso mensaje para alejar a la guardia y alcanzar a destruir al resto de la flota (si los dioses permanecían neutrales); se vio zarpar hacia el ocaso, más allá de la tierra patria, más allá de Sicilia y de los Pilares de Heracles, hasta el País de la Niebla y de las Piedras Erguidas que le había revelado en su delirio un náufrago de Tartessos: ¡allá donde nadie conocía su nombre, con sólo trescientos y su astucia, pronto sabrían quién era! (antes de un año Agamenón se vengaría arrasando a Itaca; pero la incomprensible Penélope era muy capaz de arreglárselas sola); sintió por un instante

orgullo de la mujer a la que abandonaba... Entonces una clara aurora sustituyó en su mente a las relampagueantes imágenes de heroica individualidad, y se dio cuenta que estaba dando por segura la obediencia de sus hombres. Sin duda era cierto que apenas vieran a Helena estarían dispuestos a marchar al fin del mundo, olvidados de su hogar y de sus juramentos. Pero también era cierto que, cortados sus lazos sociales, leales sólo a su deseo por ella, únicamente pensarían en robarla y todos terminarían degollados, como en un sueño de lobos. Donde la llevare los campos se tornarían desierto, pues Helena estaba hecha para dioses. Los hombres sólo podían poseerla en común, como poseen la belleza vertiginosa del cielo. Un público sacerdote, no un esposo privado, era lo que para ella se requería. El honor de ese oficio sagrado era lo que dánaos y troyanos verdaderamente habían disputado. En cuanto a él, su vocación era otra... Aunque todavía no podía saberlo, Odiseo ya estaba preparado para las Sirenas.

En el centro de la habitación resplandecía Helena, inasible como la imagen de un espejo; ahora esos largos dedos suyos cubrían su boca y tenía las pupilas dilatadas de horror. A los pies de Odiseo lloraba como un niño Menelao. El hacha abandonó la alzada posición de guardia y tornó a la de reposo. El brazo izquierdo levantó fácilmente al hombre postrado, pero la voz sonó cansada: "Vamos compañero, ha sido duro el combate. Helena ha cumplido ante nosotros los adecuados ritos de purificación y ahora es sagrada. Ella es todo lo que Troya contenía. Condúcela, con honor, a las naves".

Afuera reinaba el silencio.